



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13201

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Peninsula: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

MARTES 14 DE NOVIEMBRE DE 1905

CONDICIONES

El pago será siempre a adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Cassmartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Resultancias

Pasaron ya las elecciones, dejando tras de sí los resquemores que siempre dejaron; pero por fortuna no son duraderos y pasado el período electoral no se acordará nadie de los incidentes de la lucha ni de los disgustos que haya producido, siempre y cuando en ellos no haya tenido que intervenir el juez.

En la ocasión presente la lucha ha revestido caracteres de generalidad. Se ha combatido en número mayor de poblaciones y en todas ellas han puesto al servicio de sus intereses los partidos las fuerzas que tenían.

En muchos puntos la pasión se ha exaltado; ha obtenido lugar a enconadas disputas que degeneraron en riñas y al arma de fuego y la navaja se adujeron como razón suficiente, como si el privar a un hombre de la vida o inferirle lesión leve o grave, dieran la razón a los que no la tienen o convencerá a los que con palabras y razones no se les puede convencer.

Culpa de eso es que las elecciones pasadas hayan sido sangrientas y las haya acompañado el escándalo. Santander, Valladolid, Somorrostro, Balsareny, Bagoña y otros pueblos han visto sus calles manchadas de sangre, por el concejal había de ser de un color o de otro y llamarse Pedro o Nicolas.

En esos pueblos no pueden pasar los resquemores. Al contrario, aumentan, pues el riego de sangre contribuye a que las pasiones no se aquieten y á que el recuerdo no se borre.

Sensible es que la lucha por el voto, que debe ser pacífica, llegue a tomar esos caracteres de batalla, cuyo resultado es bien triste.

Las batallas que libra el derecho no deben tener como inmediata consecuencia la pérdida de la vida ó de la libertad y la ruina de los que dependen del que va al cementerio o al presidio.

Por fortuna las elecciones vienen de tarde en tarde. Si menudearan ya se conocería en la estadística del crimen, pues a nuestro amor propio no le cuadra que haya quien tenga opinión diferente a la nuestra ni que las ideas de los otros contrarresten las que nosotros sustentamos.

Y es que aquí, sin distinciones de color político, todos piensan igual. Primero yo. Después... yo también.

Así andamos de costumbres políticas: como el sacristán de La Marsellesa.

LIBERTAZOS

En las elecciones municipales realizadas el domingo en Murcia, unos hombres, con las gorras caladas, salieron al camino y denunciando á dos comisionados que regresaban al ayuntamiento con los datos de la elección, se las robaron.

Lo mismo hubiese hecho cualquier Vivino si esos datos valiesen dinero.

Mas como nada valen y hasta las actas estaban en blanco, no merece castigo el ladrón, según el refrán.

Llegara día en que habrá que denunciar el sufragio por atentatorio á las buenas costumbres.

En Rusia se está planteando la guerra civil. Después de tantos métodos, asonadas, huelgas, degüellos y atentados, la gente se ha ido haciendo al ruido y ya no le incomoda.

Lo que le incomoda es no poder vivir como se vive en los países libres. Y como entre sus deseos y la realización de los mismos hay ciertos obstáculos, intenta esbarlos á rodar.

Cada día que pasa considerará el Cesar más desdichado el ultimatum del Japon á que no quite contestar. La sonrisa desdichada de entonces se ha tornado mirada de pavor.

¿Y quién sabe en lo que parará!

Las pruebas del Telekino

DETALLES INTERESANTES

En los periódicos de Bilbao encontramos interesantes detalles que completan los ya publicados respecto á las triunfales pruebas hechas en el Abra por el señor Torres Quevedo con su maravilloso aparato el Telekino.

Uno de los colegas aludidos dice:

«El señor Torres Quevedo ha construido en Madrid el aparato de su invención, con material español y aprovechando las aptitudes y trabajos de españoles, militares los unos y telegrafistas los otros.»

«La comisión de pruebas del Telekino adquirió en Alemania un bote eléctrico para instalar el aparato.»

«Señalado el día de las pruebas; se verificaron éstas, según ya se sabe.»

«En la terraza del Club Marítimo del Abra se había instalado un aparato de telegrafía sin hilos, que constituía la estación de transmisión y en ella se instalaron el señor Torres Quevedo, acompañado de los señores Urquijo, marqués de Villamayor, Corbi de Arlejana, Molina, Hortemans, Camiña, Gil, Valle y algunos representantes de la prensa.»

«Otro período stas nos embarcamos en el bote eléctrico que se llamó «Tudor» y ahora se llama «Viscaya».»

«En la prueba tiene este bote instalada una estación receptora de la telegrafía sin hilos, y en la proa el aparato Telekino.»

«Un aparato receptor de telegrafos sistema Morse, transformado hábilmente, puso en comunicación á la estación receptora con dos servo-motores, uno de los cuales hace mover la hélice y el otro hace mover el timón.»

«Según los contactos que de la estación transmisora, se hacen las ondas hertzianas, llegan á la estación receptora, actúan sobre los servo-motores y funcionan la hélice y el timón en todos los sentidos.»

«El señor Torres Quevedo desde la terraza, marcaba, por medio de contactos, lo que el bote debía hacer.»

«Y nosotros, á bordo de la embarcación oímos primero la señal y velamos después que el bote obedecía á ésta de una manera completa, virando á babor ó estribor, parándose, marchando hacia atrás, tomaba vir.»

«En el mar estuvimos largo rato vitado asombrados como la embarcación obedecía con toda regularidad y perfección las ór-

nes que por el telégrafo sin hilos comunicaba desde la terraza del Club Marítimo del Abra el señor Torres Quevedo directamente á su notabilísimo aparato.

«Terminada la prueba, el señor Torres Quevedo y las personas que le acompañaban vinieron á la lancha eléctrica para examinar el aparato, y todos ellos felicitaron con entusiasmo al notable inventor, á cuyas felicitaciones unimos la nuestra.»

EL BORRACHO DE LAS FAMILIAS

Las malas partidas del brasero.—Veneno rápido ó lento.—El óxido de carbono y el agua Tefana.—Medios preventivos.

Llegó el tiempo de la camilla con todos sus peligros matrimoniales y tóxicos.

Si de los primeros nada hemos de decir, pues harlo como á Dios son, y por tanto pueden ser fácilmente evitados, creemos útilísimo insistir sobre los segundos, puesto que, aunque todo el mundo sabe que el brasero es el gran fabricador de dolores de cabeza, aún no se conoce generalmente bastante dónde pueden llegar las malas partidas del antiquísimo artefacto.

Es preciso que lo tenga muy presente el lector friolero y que no disponga de otro medio de calefacción que el clásico barreño de azófar ó hierro; de todas las intoxicaciones de que podemos ser víctimas, ninguna es más grave que la producida por ese gas sutilísimo y traidor que se llama óxido de carbono.

Dejad el brasero mal encendido, é inmediatamente, de entre los negros pedacillos de carbón, empezará á escaparse, impalpable la muerte, y á poco que os descaudéis, ó si os dominas inoportuna soñolencia, se meterá aquella por los pulmones, helándoos pronto el corazón.

Y no solamente existe el riesgo de la intoxicación rápida por el óxido de carbono, producto de la combustión incompleta de carbón.

Todo aficionado al brasero es á la larga un candidato á las enfermedades infecciosas.

¿Sabeis por qué? Pues porque el óxido de carbono, aunque no esté en la atmósfera sino en cantidades infinitesimales, determina en el organismo gravísimos trastornos, cuya consecuencia inmediata es la anemia.

Y una persona anémica es portillo abierto á toda clase de microbios.

De esa acción anemizante del referido gas tenéis el mal color de cocineros, planchadoras, fogoneros y demás personas que mantienen relaciones estrechas con el carbón vegetal ó de piedra.

En apoyo de lo que decimos, ahí va un sustancioso párrafo de recientísima Memoria inserta en los «Annales d'Observatoire de Montsouris», y que suscribe dos eminentes médicos, los señores Albert Levy y A. Pouché:

«El óxido de carbono—escriben—es piadoso cuando mata pronto. Porque nada hay más doloroso que ver cómo se va agotando un organismo, por robusto que sea, puesto en contacto con las exhalaciones del maldito gas.»

De lo tóxico que es el óxido de carbono se tendrá idea sabiendo que han ocurrido envenenamientos de personas en atmósfera donde, hecho el análisis del aire, solo se hallaron cuatro cienmilésimas del maldito gas.

En cambio, de ácido carbónico puede haber en una atmósfera un 4 por 100, sin que se experimenten trastornos apreciables, siendo necesario que aumente la proporción á un 10 por 100 para que contraigan los músculos del tórax y al 20 para que se determine la asfixia.

Conque ¿qué tal será el gascito que con 4 cienmilésimas, sutilmente, blandamente echa á un individuo al otro barrio?

Se convendrá en que si los trátamentos famosos Borgias, tan expertos en despa- char gentes á mandos mejores, hubieran sabido lo del óxido de carbono y sus virtudes «eliminantes»: sin duda hubiesen arrojado su «agua Tefana» considerándola, por lo suave, una especie de agua de borrajas.

Ahora bien, sabida la extrema violencia del gas venenoso en cuestión, ¿quién habrá alguien que tenga la curiosidad de averiguar por qué mata aquel de tan veloz y cierto modo.

Vamos á satisfacer esa curiosidad explicando el fenómeno fisiológico de la manera más clara posible.

Sabido es que, al respirar, los glóbulos rojos de la sangre (hemoglobina) se apoderan del oxígeno existente en el aire, lo fijan según la palabra técnica, haciendo un fijo gas para las funciones carburadoras indispensables á la vida.

Ahora, si por vuestra mala ventura el pícaro óxido de carbono penetra en el aparato respiratorio en cantidad excesiva, y de éste, para el circulatorio, ocurre, que, «cipo

lens, que es una bendición de Dios. ¿Qué pena tiene ese pobrecillo joven tan guapo?

—Vamos enseguida á consolarle mamá; si llaman bajaremos.

hasta ese día se había sentido la joven contrariada delante de su padre, pero desde hacía algunas horas cambiaban completamente sus ideas y sus sentimientos.

—Mamá, ¿cuántos lises produce una cuba de vino?

—Tu padre, según he oído decir, vende las suyas á ciento ó ciento cincuenta francos, algunas veces á doscientos.

—¿Cuando cosecha mil cuatrocientas cubas de vino?

—Hija mía, te aseguro que no sé lo que eso importa; tu padre no me enteró nunca de sus negocios.

—Pues entonces papá debe ser rico.

—Tal vez; pero el señor Cruchot me ha dicho que tu padre compró hace dos años las posesiones de Proffond; esto le tendrá un poco ahogado.

Como Eugenia no sabía nada más acerca de la fortuna de su padre, se vió precisada á detener á sus cálculos.

—Este señorito no me ha visto siquiera—dijo Nanón entrando.—Está tendido como una ternera encima de la cama y llora lo mismo que una Magda-

Después de breves instantes de meditación se atrevió á preguntar:

—Y diga usted, papá, ¿no podía usted haber evitado esa desgracia?

—Mi hermano no me ha consultado; además debe costar cuatro millones.